

si el público me la otorga *motu proprio*, yo le advertiré que entre el criterio del estudio y el de la sensibilidad hay la misma diferencia que entre la pintura y la fotografía. La primera es mas grande, mas noble, mas difícil: la segunda es mas viva, mas verdadera, mas exacta.

Con que no os llameis á engaño despues de leerme. Ya sabeis de lo que se trata. Estas páginas no son una *Historia*, ni una *Guia*, ni una *Estadística*.—Reparad que en la portada ni tan siquiera las he llamado *libro*, sino *viaje*.—El libro está por escribir.—De este volúmen á un libro hay la misma distancia que del mineral á la moneda.

No concluiré sin embargo, antes de deciros, por lo que pueda valer, que yo no pienso contaros sino aquello que haya visto por mis propios ojos y tocado con mis propias manos, y que si en mis mejores escursiones he cometido la atrocidad de dejar de ver una cosa muy importante, la cosa muy importante se quedará por decir, y que si he tenido la desgracia de no encontrar en alguna parte lo que esperaba, no me figuraré que lo he encontrado ni lo contaré de oídas ó *leídas*, pues no quiero parecerme en esto (¡asi le pareciera en el modo de narrar!), al embustero de Alejandro Dumas, que ha hecho en sus *Impresiones de Viaje* una España y una Italia á su capricho, ó por mejor decir, al capricho de los franceses, á cuyas preocupaciones y erróneos juicios no se atrevió á oponer el correctivo de la verdad, como debia en consecuencia y es obligacion de los que escribimos en letras de molde.

Yo me propongo cumplirla en la presente publicacion, y este será su único mérito; porque no tratando de escribir un libro de conclusiones y teorías, sino meramente una coleccion de observaciones particulares, para que, fundado en ellos, el lector pueda discurrir por su cuenta acerca de ciertas cosas, estos apuntes serian ociosos y hasta criminales desde el instante que desfigurasen un solo hecho; puesto que sería abusar de la fé con que quiero ser oído y que hasta hoy tengo derecho á reclamar de mis lectores.

## CAPITULO PRIMERO.

# FRANCIA.

### I.

Marsella.

El dia 29 de agosto de 1860, á las ocho y media de la noche, salí de Madrid en el tren-correo con direccion á Valencia, á donde llegué al dia siguiente á las doce de la mañana.

Valencia era para mí una antigua conocida y hasta una amiga si quereis. Por otro lado, yo la he descrito ya muchas veces en prosa y verso.—Haré, pues, esta vez lo que hice aquel dia; que fue entrar por una puerta y salir por otra, despues de haber visado mi pasaporte en el consulado de Francia y de haber tomado mi pasaje en el vapor *Philippe-Auguste*, de las Mensagerías imperiales, que debia partir aquella tarde para Marsella.

A eso de las cinco encontrábame ya á bordo.—Tomé posesion del camarote en que habia de vivir dos dias, y subí sobre cubierta á hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su patria: á mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

A las seis levamos anclas y el vapor se puso en movimiento.

La mar estaba tranquila... El sol se habia hundido tras el cabo de la Nao... Yo pensé en lo que se piensa y sentí lo que se siente en momentos semejantes. Bendije con la intencion patria, familia y amigos, y cuanto dejaba en pos de mí... y la campana me llamó á comer.

Encogíme de hombros y penetré en el salon de popa.

Los franceses son siempre los mismos: lógicos y utilitarios; hombres de talento y talentos materialistas.—Ellos han establecido esta costumbre de sentarse á la mesa en el momento de emprender una navegacion; costumbre ventajosa si las hay.—Esa comida prepara y conforta el cuerpo contra el mareo ó *mal de mar*, y distrae el alma de sus despedidas melancólicas.

Desde el momento que entráis en el comedor y os veis entre veinte ó cuarenta personas con las que vais á vivir íntimamente durante cierto tiempo, lo prime-



ro que se os ocurre es reconocer el personal; buscar bonitas caras, extraños tipos, sabrosas conversaciones, y sobre todo escoger vuestros albaceas.

Este último sentimiento, de que no se habrán dado cuenta muchos viajeros,



Entrada del puerto de Marsella.

es sin embargo infalible, irreflexivo y natural en todos.—Entre los que se embarcan juntos, establécese siempre cierta complicidad de peligro, (y permítaseme la frase), cierta atmósfera en que palpita la temeridad de la empresa que se acomete de consuno, y el miedo á las contingencias del viaje.—¡Es la mar tan terrible, tan pérfida, tan poderosa!—De aquí que todos se miren con cierta frater-

nidad,—(menos el que se marea, que ve siempre con odio al que permanece con la cabeza segura, como si le considerase parte del barco ó aliado del elemento que tanto mal le causa).

Todas estas raras emociones acaban por reducir vuestra atención á la vida interior del buque, y por alejar de vuestra mente lo mismo las cosas que dejais que las que os proponéis encontrar. Y todo se os vuelve preguntar á la tripulación si el buque es nuevo ó viejo, si ha naufragado alguna vez, si anda poco ó mucho, si el viento seguirá próspero y si la mar inspira confianza.

Escusado es decir, por lo demás, que mirais con veneración al capitán de la nave, presidente nato de la mesa, y en cuyas manos, ó en cuya pericia, acabais de confiar todo el capital de tiempo que deseais disfrutar en este mundo...—la vida, quiero decir.

La sociedad que encontré á bordo, salvo otro pasajero español que se había embarcado conmigo, era toda extranjera, no para el buque, sino para mí.

El *Philippe-Auguste* venia de Oran, y traía la colección de viajeros mas rara y heterogénea que yo haya visto nunca.

Primeramente, venia una compañía de zuavos, curtidos por el sol de Africa y aguerridos en las fieras luchas con los argelinos del pequeño Sahara.

La oficialidad de esta compañía comia con nosotros. La tropa hacia su rancho sobre cubierta.

Vivaqueaban también allí unos veinte *bíblicos de decadencia*, vulgo judíos, con sus estrambóticos trajes y miserables rostros.

En otro lado callaban y no comían siete árabes, vestidos á la tunecina.

Por último, la cámara de proa venia atestada de hermanas de la caridad, que se dirigían á ejercer su piadosa penitencia en los nuevos combates de la Italia.

Como ya habreis sospechado, toda esta gente formaba un pintoresco y singularísimo cuadro que me traía á la memoria mi vida de Tetuan y los espectáculos inolvidables del segundo periodo de la guerra de Marruecos.

Al día siguiente veíamos todavía en lontananza costas españolas, pardas y abruptas, que ya se delineaban sobre el cielo en colosales picos, ya se adelantaban por el mar en recios promontorios...—

Era el litoral de Cataluña.

A cierta hora, todas las miradas se fijaron en aquellas remotas apariencias.

Se calculaba que estábamos enfrente de Barcelona, y la opulenta ciudad de los condes merecía bien un saludo de parte de la marítima caravana.

Cabíame á mí el remordimiento de abandonar por la tercera vez á España sin conocer aquella gran capital; pero siquier entonces, y con ayuda de un antejo, la columbré á lo lejos, con la frente reclinada en el formidable monte y bañada por las olas, tantas veces esclavas de sus naves.

Luego se levantó del mar el Pirineo, cuya azulada mole, coronada de brumas, me infundió respeto y despertó en mi mente recuerdos inmortales.

Aquel era, si, el viejo antemural de España, en que se estrellaron tantos



conquistadores. El poema de nuestra independencia, escrito con la sangre de cien y cien generaciones, acudió entero á mi memoria. ¡Oh! ¡Cuántas invasiones ha rechazado España hácia el Norte y hácia el Mediodía!—Desde Sagunto hasta Roncesvalles, desde Covadonga hasta Zaragoza; ¡qué lucha de titanes por defender la nacionalidad y el nombre de españoles! Bien podia durar la guerra seis años, como la sostenida con Napoleon; bien ocho siglos, como la mantenida con los árabes, el resultado fue siempre el mismo; nuestra victoria y nuestra emancipacion. ¡Ni un solo instante transigimos con el extranjero! ¡Ni un solo dia yació en el ocio nuestra espada!

¡Qué diferencia entre nosotros y aquellos pueblos que yo iba á visitar, que pasan ó han pasado años y años bajo el yugo del invasor, subordinando su espíritu á la ley de la fuerza, comiendo y bebiendo sobre el cadáver de la patria, y esperando ó llamando á gritos estraña ayuda para sacudir sus cadenas!—Bien dijo el que dijo que el pueblo que no es libre no merece serlo.—Yo no concibo ni he concebido nunca que se obligue á nadie á ser lo contrario de lo que esté en su conciencia ó en su voluntad. El alma humana es impenetrable, inaccesible, independiente, y toda la sangre de nuestras venas debe correr en defensa de sus sagradas prerogativas. La vida es la garantía del honor. Antes debe terminar la una que menoscabarse el otro. *Potius mori quam fœdare.*—Aviso á los poloneses, á los húngaros y á los venecianos.

Y no te impacientes, lector; que aunque yo me detenga á pensar y decir estas y otras majaderías, el vapor no se para por eso.

Ya ha anochecido; ya hemos pasado el Cabo de Creux y estamos en el temible golfo de Lyon.

Yo pasé sobre cubierta casi toda esta segunda noche. Apoyado en una banda del buque, veía deslizarse bajo mis ojos enormes masas de agua que no desperataban ninguna idea en mi imaginacion, y que yo comparaba á veces, cuando su monotonía llegaba á fatigarme, á las densas turbas de personas desconocidas que encontramos en los paseos públicos, ó á ciertas largas séries de dias de nuestra vida, desprovistos de emociones, que no dejan huella alguna en nuestra rápida existencia.

A las diez de la siguiente mañana vimos alzarse por la parte de proa unas rocas amarillentas, que despues se fueron enlazando por medio de líneas verdes ó de suaves ondulaciones de montecillos azules...

Llegábamos á Francia: estábamos á la vista de Marsella.

A las doce penetrábamos en el bosque de mástiles que puebla hace muchos siglos su anchuroso puerto.

El *Philippe-Auguste* eligió su sitio en medio de aquel laberinto de buques de todas las naciones del globo, y echó el ancla.

Os dispenso de participar de las dos horas de vejámenes y molestias que son inherentes á un desembarco en condiciones semejantes. Vuestra admision y la de vuestro equipaje van acompañadas, en Francia como en España y en las demás naciones que conozco, de tales investigaciones, interrogatorios y pesquisas, de

tantos plantones y compases de espera, y del contacto y familiaridad con una gente tan *sui generis* (la misma en todas partes), que os hace abominar por un momento de la máquina social, si ha de girar siempre sobre resortes tan abigarrados y groseros como las aduanas y la policia.

Lo que si os referiré, como primer asomo del carácter francés, en su doble manifestacion pública y privada, es un ligero pero significativo lance que me aconteció al recobrar mi libertad y la propiedad de lo que era mio.

Habia yo tenido ya ocasion de admirar la esquisita prevision francesa para salir al encuentro de todos los inconvenientes con que tropieza un recién llegado: habia elogiado la comodidad de los salones de espera; las preciosas instrucciones que adquiere uno, solo con leer en las paredes, acerca de lo que le conviene hacer en cada circunstancia y de la manera de hacerlo; habia aplaudido la facilidad con que encontraba al alcance de la mano (y de su dinero) todo lo que pudiera desear al saltar á tierra; el *restaurant* á dos pasos, con los manjares humeantes y el café hirviendo; el ómnibus ó el coche preparado á la puerta; los precios de los hoteles escrupulosamente detallados; el plano de la ciudad; los carteles de los teatros; quién que se brinda á cepillarle la ropa *sobre el terreno*; las guías; los intérpretes de todas lenguas y otras muchas clases de oficiosos; habia yo, digo, encontrado muy buenas todas estas cosas, y puesto en las nubes el talento francés para hacer fácil y agradable al extranjero la residencia en Francia, y fácil, aunque no agradable, la disminucion de su bolsillo, cuando subieron de punto mi asombro y mi admiracion al leer un aviso por este estilo fijo en un cartel inconmensurable.

«A los señores viajeros.»

«La compañía de las Mensagerías Imperiales, advierte á los señores que viajan en sus buques, que los factores (los mozos de cordel) de esta sociedad están obligados á llevarles *gratis* los equipajes á los hoteles. Suplica, pues, la compañía á los señores viajeros, que si algun factor reclamase ó aceptase cualquier gratificacion, den la oportuna queja en interes de la misma compañía y de la moralidad del servicio.»

(Aqui entra lo grande.)

«*Juan María*, factor número tantos, de tal edad, naturaleza etc.—admitió el dia tantos de tal mes y tal año, medio franco (16 cuartos) de Mr. tal (un viajero), el cual se quejó del caso, y *Juan María* fue exonerado instantáneamente en presencia de todos los demás factores.—(Habia unas firmas y unos sellos).»

—¡Magnífico! exclamé. Esto es lo que se llama un país civilizado.

Y como era de ene, recordé las cosas de España y las censuré con los terminos mas duros.

Pocos momentos despues, un factor de la compañía de las Mensagerías Imperiales, vestido de gran uniforme, depositaba mis maletas (que habia llevado triun-



falmente al hombro), en la puerta del *Hotel des Colonies*, y me alargaba la mano con la mayor naturalidad del mundo.



Castillo de If.

—Caballero, me dijo en su lengua, que sirve mucho mas que la nuestra para todos estos lances; caballero, ¿no hay nada para el factor?  
Yo me quedé estupefacto.

—¡Desventurado! exclamé. ¿No recuerda usted con horror la exoneracion de *Juan María*?

Mi hombre se echó á reir de cierta manera volteriana y replicó con mucho gracejo.

—Usted no se quejará como el otro. Aquel viajero era inglés.



Luis Napoleon, emperador de los franceses.

—¡Vaya por la Inglaterra! dije, alargándole unos sueldos, que me valieron una esquisita reverencia. Y volviéndome á mi compañero de viaje, añadí con un principio de amargura:

—Primera comedia francesa.—Va una ilusion perdida.

Pero hablemos seriamente de Marsella.

Yo no os diré ni ahora ni nunca lo que podais leer en cualquier diccionario geográfico; ni el resúmen histórico de las ciudades que visite, ni la cifra de su



poblacion, ni sus productos, ni la enumeracion de sus edificios notables. Yo os daré solamente su fisonomía moral y material, y las impresiones que producen: esto es; aquello que se escapa á la erudicion del mas sabio y es perceptible al último de los viajeros.

Empiezo por manifestaros que al entrar en el puerto de Marsella, pasé por debajo del Castillo de If, antigua y moderna prision de Estado, cuya gran celebridad data de la novela en que tanto figura, sin que esto sea decir que antes no fuera célebre en la historia política y militar de Francia. Pero,—yo no lo oculto;—para mí, como para la generalidad de los humanos que leen, aquel islote batido por las olas y coronado de torres de la edad media, es solamente famoso por ser teatro imaginario de la mas fantástica de las invenciones del genio de Dumas. Asi es que al verlo, no puede uno menos de estrañar que exista realmente; si ya no es que crea que del mismo modo han existido Dantés, Mercedes y Fernando, y busque la casita de los pescadores en el barrio de los Catalanes, ó espere encontrar á los sucesores de la casa Morrel recibiendo ó despachando buques en el muelle.

¡Oh poder del genio! pensaba yo á este propósito. Tú creas como Dios; y lo que imaginas y vivificas con tu fuego, tiene al fin la misma existencia que lo que realmente ha vivido!

Y si no, ¿quereis decirme qué diferencia hay hoy entre el Edmundo Dantés que, segun Dumas, vivió catorce años dentro de ese castillo, y el condestable de Borbon que, segun la historia, lo sitiaba en el siglo XVI? O todo es verdad ó todo es mentira sobre la tierra.—La vida es sueño... pero tambien el sueño es vida.

Lo que yo no me esplico hoy es por qué no visité el Castillo de If, lo mismo que entré mas tarde en Pavia en la celda de Francisco I.

Fuera de esto, el Castillo de If, aunque situado muy cerca de Marsella, tiene aquel aire sombrío y formidable que le presta la imaginacion del que lee el *Conde de Montecristo*, ó del que recuerda el cautiverio de Mirabeau.

Hay dos Marsellas, como sabeis: la nueva y la vieja.

Marsella vieja es una ciudad árabe, de retorcidas cuevas y estrechísimas calles, sucia, misteriosa, sombría, habitada por la gente característica de la poblacion; por su levadura histórica, si me permitis la frase.

La nueva es hermosísima; pero de esa hermosura oficial, general, insignificante, que es la misma en Cadiz que en Lyon, en París que en San Petersburgo: anchas calles; altos y uniformes edificios; plazas con árboles; lujosas tiendas; perfecto empedrado, y mucha gente, toda vestida del mismo modo, ó con pequeñas diferencias.

Inútil creo deciros que á mí me gustan mas las ciudades viejas, y que en ellas es donde me complazco en remover el polvo de los siglos ó en sacar *por la pinta* los parentescos de las naciones.

Marsella la nueva, aparte de lo apuntado, es una de las capitales mas ricas y mas trabajadoras de Francia, y su industria y su comercio constituyen una

fiebre continua, una actividad incesante que comunica vida y movimiento á dos grandes rios; uno de esportacion, que se esparce por el Mediterráneo, y otro de importacion, que nutre y robustece el imperio de Bonaparte.

Cuando yo la visité, hallábase muy adelantado el puerto nuevo de la *Joliette*, obra colosal que engendra otras muchas; pues trasladando de una parte á otra la gran entraña de la ciudad, arrastra en pos suyo lo mejor de la poblacion, que levanta centenares de palacios sobre peñascos ayer desiertos.

La proteccion directa de Napoleon y el genio de Mirés eran entonces el alma de aquella maravillosa y rápida transformacion.

Sin embargo, esto no quiere decir que Marsella resucite. Marsella vivia y ha vivido hace miles de años. Marsella no hace mas que aprovechar algun tiempo perdido y colocarse de un salto á la altura de nuestra época.

Esta ciudad, ¿quién lo ignora? por su posicion geográfica tiene condiciones de perpetuidad. Yo me atrevo á llamarla el puerto clásico de Francia, y hasta me estenderia á creerla la puerta principal de Europa.

Es indudable que Europa se comunica por alli hace mucho tiempo con el resto del mundo. Los marselleses han visto desfilar por la gran calle de la *Cannebiere* centenares de ejércitos; han visto pasar reyes de casi todos los pueblos del mundo, embajadas de los mas remotos paises, viajeros chinos, indios, negros, americanos, japoneses, australes, y cuantas alimañas tenemos por prójimos sobre la tierra. Puede decirse que no hay *touriste* en las naciones europeas que no haya empezado ó concluido mas de un viaje por Marsella. La posicion de la Francia, enclavada entre los pueblos que han llevado ó llevan la iniciativa en la política y la civilizacion del mundo, ha dado lugar á este singular privilegio.

Ni es de ahora semejante prerogativa. La antigua colonia focense, la despues provincia romana, la que fue un tiempo estado independiente, ya condal, ya republicano, ha tenido siempre este carácter cosmopolita, y bien se deja ver en la índole de sus habitantes.

Marsella, como muchas ciudades marítimas del Mediterráneo, y en particular como Génova, refleja en sus costumbres, en el tipo de sus moradores, en su genio particular, la manera de ser de todos los pueblos vecinos á ella á través de las olas. Hay en los pobladores de la ciudad vieja y del muelle no sé qué reminiscencias griegas, berberiscas, turcas, italianas y españolas, que ya se revelan por un accesorio del traje, ya por una palabra del dialecto, ora por un rasgo fisonómico, ora por una tradicion desfigurada. Es, en fin, Marsella un pueblo franco, amovible, levantisco; una confusion de gentes, un bazar de mercaderes y aventureros de todos los paises, una patria *aleatoria*;—especie de metrópoli que ha habido siempre, desde Sidon, Tiro y Cartago hasta Pisa y Gibraltar... que Dios confunda.

Volviendo á mi viaje, os diré que desde que puse el pié en Marsella eché de ver de golpe el atraso en que se encuentra España respecto de Francia en eso que se llama *civilizacion*,—palabra de que hemos de analizar muy despacio en el curso de este libro.



Eché de ver, y conmigo lo confiesan cuantos han visitado el vecino imperio, y ya lo dije yo la primera vez que estuve en él hace algunos años, que en sus fronteras es donde empieza á ser el dinero eficaz y fecundo, donde se entiende la vida material y se encuentran todas las comodidades y regalos del cuerpo.

Del alma ya nos ocuparemos mas adelante.

La facilidad y *accesibilidad* de todo; el buen órden público y particular de las cosas; la libertad inviolable que se disfruta dentro de la ley; la inteligencia con que están previstos y satisfechos vuestros menores caprichos; el exceso de lujo y bienestar; el gusto y la utilidad de los inventos; la precision justísima y proporcion adecuada de cada cosa; la exactitud, la cortesía y el despejo de los servidores; la lógica, en fin, con que cumple su destino cada ser y cada objeto, contrastan dolorosamente para nosotros con todo aquello que experimenta el que se atreve á viajar por España.

Por supuesto, que esta medalla tiene su reverso, no muy lisonjero para los franceses.

Pero cosa es esta que estudiaremos en París.

Acabará con Marsella diciendo que su sol, su cielo, su feracidad; la fecunda poesía, buen humor y vehemencia de sus habitantes, así como el tipo general de estos, recuerda mas á Andalucía que á ningun departamento de la Francia.—Ahora, quien haya reflexionado atentamente sobre la actitud de los marseleses en las crisis políticas de 1789 hasta nuestros días, encontrará en ellos cierta fiera energía mucho mas valenciana que andaluza.

Esto pensaba yo aquella tarde, tarareando la frenética *Marsellesa* por el gracioso paseo del *Prado*,—especie de cornisa tallada en la roca, sobre las espumas del agitado mar.—Y á veces se me olvidaba que estaba en Francia, ó me empeñaba en creer que me encontraba en España; y para convencerme de lo cierto, tenía que fijar mis ojos en las muchedumbres de obreros y marineros, vestidos de lienzo azul; en los negociantes que venían de la Bolsa en animado tropel, todos con sombrero de paja, que es su convencional distintivo; ó en las mujeres del pueblo, adornadas con una gorra blanca, semejante á la de nuestros niños recién nacidos.

Dichosamente, el sol, el mar, el aire, el cielo, las montañas, las aves, el humo azulado y la blanquecina niebla, los rumores lejanos de la activa humanidad y los mudables tornasoles de las nubes no cambian en ninguna parte, y le dicen al alma entristecida que no todo es extranjero fuera de la patria.

## II.

De Marsella á París.

A las diez de la noche, con un tiempo lluvioso, pero agradable, salí de Marsella en el tren *express*, que nosotros llamamos *directo*, el cual debía llevarme á

París en veinte horas.—Era esto atravesar casi toda la Francia como en un sueño, y en verdad os digo que durmiendo hice la tercera parte del viaje.

Para ello tuve que defenderme de las ganas de hablar y afán de saber de cierto comerciante de Lyon, que sin duda habia dormido perfectamente la noche antes, y que se propuso pasar aquella completando sus *profundos conocimientos* acerca de las costumbres españolas.

Repito que se llevó chasco; y se lo llevó, primero: porque yo estaba muy cansado de dos días de penosa navegacion; y segundo: porque me indignaban y avergonzaban las preguntas que me hacia aquel hombre.

Mucho se ha escrito y hablado acerca del absurdo juicio que tienen formado de España los extranjeros, y motivos habia para creer que, siquiera últimamente, gracias á la rapidez de las comunicaciones y á la prodigiosa multitud de medios de publicidad, hubiesen rectificado algo sus ideas; pero yo me encontré con un buen señor, muy rico y civilizado, que educaba á sus hijos en los primeros colegios de París, que habia estado en Inglaterra y Alemania, que mantenía relaciones comerciales con toda Europa, que habia sido alcalde en Lyon (la segunda capital de Francia), y que ignoraba, sin embargo, la manera de ser política y social de España, ni mas ni menos que nosotros podríamos ignorar la del Japon ó la de una horda de kua-kua establecida en los desiertos africanos.

De las preguntas y observaciones que me hizo, deduje yo que el insigne comerciante creía que en nuestro país no se usaban pantalones, que su poblacion se componía de frailes y toreros, que solo se viajaba en él á caballo y en grandes caravanas, que la guerra de Africa habia consistido en que el emperador de Marruecos se creía con derechos á la corona de Isabel II, y otras muchas cosas por el estilo, que siento no recordar ahora.

Ya comprendéis que ni el hombre de mas buen humor tendria calma para deshacer uno á uno tan groseros y fundamentales errores.

Yo le dije que *sí* á todo, y me dormí.

—El mismo me vengará (pensé para consolarme), poniéndose en ridículo el día que cuente delante de franceses ilustrados todos esos disparates que le dejo dentro de la cabeza.

Enseñar al que no sabe, me direis, es una obra de misericordia... Teneis razon. Pero ¿quién es tan magnánimo que corrige cristianamente al que manifiesta su ignorancia del siguiente modo?

—¿Qué les parece á ustedes? nos decia el francés con aire de triunfo luego que el tren se puso en marcha. Así se viaja bien...—Esto es cómodo... ¿Eh? Y sin caballos ni nada... Solo con el vapor... ¡A ver cuándo introducen ustedes este invento en su país!

Y como ni mi amigo ni yo replicásemos cosa alguna, pues ya nos habíamos convenido, valiéndonos de nuestro ignorado idioma español, en no desasnarle ni llevarle la contraria, nuestro hombre se puso á describirnos el mecanismo de una locomotora, las maravillas de la telegrafia eléctrica y yo no sé si otras cosas mas; pues entonces fue precisamente cuando me dormí como un bienaventurado,